

# Jesús en la fiesta de los tabernáculos - Juan 7:10-24

---

**(Jn 7:10-24)** *“Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto. Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. Mas a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia. ¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme? Respondió la multitud y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte? Jesús respondió y les dijo: Una obra hice, y todos os maravilláis. Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres); y en el día de reposo circuncidáis al hombre. Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.”*

## **“Jesús subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto”**

Al terminar el estudio anterior vimos que Jesús había decidido no subir con sus hermanos a la fiesta de los tabernáculos. Parece que lo hizo un poco después que ellos, y tal como les había dicho, fue en secreto, lo que probablemente quiere decir que lo hizo de manera discreta, intentando no llamar la atención. Así pues, no aceptó el consejo que le habían dado para que se presentara en Jerusalén de forma pública, llamando la atención de la gente en su entrada a la ciudad (**Jn 7:3-4**).

Sin embargo, este sigilo sólo tenía que ver con su viaje y llegada a Jerusalén, puesto que como luego veremos, una vez allí él enseñó públicamente a todos.

## **“Le buscaban los judíos en la fiesta”**

El evangelista nos dice que en toda Jerusalén había una creciente expectación ante la posibilidad de que Jesús fuera a la fiesta. Él no había vuelto a Jerusalén desde aquella ocasión cuando se había enfrentado con los judíos en el capítulo 5. Recordamos que entonces los líderes judíos habían decidido matarle porque sanó a un paralítico durante un día de reposo y también porque había afirmado que Dios era su Padre (**Jn 5:18**).

Por lo tanto, es probable que quienes ahora le buscaban fueran esos mismos líderes hostiles de Jerusalén, y su propósito siguiera siendo el de cumplir sus deseos de acabar con él. Ahora bien, esto no quita que también el pueblo llano tuviera curiosidad por ver si aparecería, de ahí que *“había gran murmullo acerca de él entre la multitud”* (**Jn 7:12**).

Está claro que las autoridades judías deseaban matarlo, pero ¿cuál era el interés que las multitudes tenían en él? Tal vez querían volver a beneficiarse de alguno de sus milagros (**Jn 6:26**), o simplemente estaban expectantes esperando para ver cuál sería el desenlace final en este conflicto entre Jesús y los líderes judíos.

## “Unos decían: Es bueno; pero otros decían: No”

Está claro que la persona de Jesús no dejaba indiferente a nadie. A lo largo de todo el pasaje se aprecia que las multitudes estaban muy divididas en cuanto a él. Algunos pensaban que era un hombre bueno, que hacía el bien, moralmente justo, un buen enseñador de las Escrituras, el profeta, o incluso el Cristo de Dios, mientras que otros estaban convencidos de que era un impostor, un falso profeta, un blasfemo, alguien interesado en atraerse a las masas congraciándose con ellas con fines egoístas. Como sabemos, la discusión de antaño se prolonga hasta nuestros días. ¿Quién es Jesús? Al fin y al cabo, sólo caben esas dos posibilidades: O bien su poder y autoridad provenían del hecho de que era el Hijo de Dios, o se trataba de un impostor diabólico y blasfemo.

Todo el capítulo está lleno de preguntas acerca de quién es Jesús: “¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?” (Jn 7:15), “¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo?” (Jn 7:26), “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Jn 7:31), “¿A dónde irá éste, que no le hallemos?” (Jn 7:35), “¿De Galilea ha de venir el Cristo?” (Jn 7:41).

Hasta ahora el evangelista sólo está introduciendo el hecho de que la gente estaba dividida en cuanto a la persona de Jesús, pero luego tratará en detalle cuáles eran los asuntos concretos que causaban esta división. Aquí los adelantamos brevemente:

- Su carácter (Jn 7:12). Mientras que algunos decían que era “bueno”, otros pensaban que no lo era y que engañaba al pueblo.
- Su doctrina (Jn 7:14-18). Cuando Jesús enseñaba la gente se admiraba de su doctrina, porque hablaba “como quien tiene autoridad” (Mr 1:22). Hasta los mismos alguaciles que fueron a prenderle cuando enseñaba en el templo, regresaron diciendo: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn 7:46). Sin embargo, los líderes judíos cuestionaron su enseñanza porque no había estudiado en ninguna de sus escuelas rabínicas.
- Su motivación (Jn 7:18). Los judíos no sólo pensaban que él promovía sus propias ideas, sino que lo hacía para conseguir fama y honra para él mismo. Pero no había nada en sus palabras o actitudes que hiciera sospechar tal cosa, de hecho, cuando hablaba, siempre dejaba claro que su propósito era buscar la gloria del Padre que le había enviado.
- Sus obras (Jn 7:19-24). El Señor había sanado a un parálítico en el día de reposo. Esto fue interpretado por los judíos como una clara transgresión de la ley. El hecho milagroso había pasado inadvertido para ellos, y tampoco valoraron que a aquel hombre se le había devuelto su dignidad y podía volver a disfrutar del día de reposo como hacía años que no lo hacía. Pero ellos desaprobaban todo esto bajo la excusa de que había sido hecho en día de reposo. Sin embargo, como luego veremos en el desarrollo del pasaje, el Señor les mostró que eran contradictorios en su aplicación de lo que se podía hacer en el día de reposo, y lo que aun era más grave, ellos mismos estaban transgrediendo la ley de manera flagrante cuando procuraban matarle.
- Su origen (Jn 7:25-31). Los judíos creían que el nacimiento del Mesías sería misterioso y sobrenatural. Por esa razón descartaron que Jesús pudiera ser el Mesías, ya que ellos pensaban que sabían de dónde era. Es más, llegaron a acusarle incluso de haber nacido de fornicación (Jn 8:41). Ellos no creían que hubiera nacido virginalmente de María. Frente a esto, Jesús afirma una y otra vez

que él había venido del Padre. Y como hombre, había nacido en Belén, tal como había anunciado el profeta siglos atrás (**Mt 2:4-6**) (**Mi 5:2**).

- Su destino (**Jn 7:32-36**). Jesús les anunció que todavía estaría un poco de tiempo con ellos y luego volvería al que le había enviado. Con esto se refería a su regreso a la gloria con el Padre después de haber acabado su Obra en este mundo (**Jn 17:4-5**). Pero otra vez más los judíos no entendieron lo que les decía y empezaron a elucubrar sobre la posibilidad de que se fuera a los dispersos entre los griegos.

Según vayamos estudiando este capítulo nos daremos cuenta de que la razón por la que rechazaron a Jesús como Mesías no surgió por la falta de evidencias. Nadie ponía en duda la autenticidad de sus obras milagrosas, o la autoridad de su enseñanza, o su vida intachable. El problema radicaba en el hecho de que no se ajustaba a las expectativas equivocadas que los judíos se habían hecho en cuanto a la venida del Mesías y también a los celos de los líderes religiosos al ver crecer la popularidad de Jesús entre las multitudes.

El capítulo describe también una serie de reacciones cuando las personas se enfrentaban a la decisión de si merece o no la pena seguir a Jesús. Había una parte que no creían en él, que pensaban que engañaba al pueblo, y que se enojaban por lo que hacía, llegando a querer prenderle e incluso matarle. En el otro lado estaban los que creían en él, pensaban que era bueno y se maravillaban de su enseñanza y de sus obras, afirmando que era el profeta esperado o el Cristo. Y por último también estaban los que parecían no querer comprometerse con una postura definida para así no tener problemas con los gobernantes. En cualquier caso, antes de que Jesús se presentara públicamente en Jerusalén, ya se estaba preparando una tormenta en torno a él.

En vista de un capítulo como este, no deberíamos sorprendernos al ver que también en nuestros días hay la misma variedad de reacciones ante la predicación del evangelio de Jesucristo. Algunos se muestran abiertos y receptivos, mientras que otros son cínicos y se cierran a la verdad del evangelio. Hay personas que son movidas por mera curiosidad y que nunca llegan a tomar una decisión, mientras que otras manifiestan abiertamente su fe en Jesús. Los hay que son hostiles y también quienes se muestran totalmente indiferentes. Algunos luchan por defender sus convicciones y otros se dejan llevar por lo que opina la mayoría. Tanto entonces como ahora, allí donde la persona de Jesucristo es anunciada, surge controversia y división. Esto mismo es lo que anunció el Señor:

*(Lc 12:51-53) “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.”*

## **“Ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos”**

Pero aunque todo el pueblo hablaba acerca de Jesús, ninguno se atrevía a hacerlo abiertamente. El odio declarado de los líderes judíos hacia Jesús mantenía a la gente bajo temor, aunque no impedía que siguieran hablando acerca de él de forma privada. Ellos sabían que identificarse públicamente con Jesús en esas circunstancias significaría la expulsión de la sinagoga (**Jn 9:22**) (**Jn 12:42**) (**Jn 19:38**). Esto implicaba la exclusión de la vida social y religiosa de la nación. Así que todo el mundo hablaba sigilosamente por

temor a decir algo inadecuado que pudiera hacerles objeto de la ira de los líderes religiosos y de su temida maquinaria político-religiosa.

No cabe duda de que el miedo al qué dirán ha sido siempre una herramienta muy útil en las manos del diablo. ¡Cuántos no confiesan a Cristo por temor a vecinos, parientes o conocidos! Pero otras veces no se trata únicamente de recibir críticas por causa de nuestra fe, sino que puede llegar el momento en que seamos excluidos completamente de la sociedad, pudiendo incluso perder los bienes y hasta la libertad. Aunque nos sorprenda, esto sigue ocurriéndoles a muchos cristianos en el día de hoy. El evangelio de Juan nos muestra con claridad que aquellos que se identifiquen con Jesús deben estar dispuestos a sufrir por su causa.

### ***“A la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba”***

Aunque había subido secretamente a Jerusalén, a la mitad de la fiesta Jesús se presentó en el templo y les enseñaba públicamente. En esta ocasión no se dice que hiciera algún milagro, pero pronto el pueblo que le escuchaba estaba igualmente maravillado con él. La causa principal de su asombro se debió al conocimiento profundo que tenía de las Escrituras y la autoridad con que las exponía. Pero también dejaron ver que estaban igualmente intrigados preguntándose de dónde había adquirido ese conocimiento, ya que era sabido de todos que no había estudiado en ninguna de las escuelas reconocidas de los rabinos: *“Se maravillaban ¿cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?”*.

Para los judíos, estudiar en una de las escuelas rabínicas era la única manera de conseguir el conocimiento de las Escrituras y la autoridad para exponerlas, y Jesús no había estudiado en ninguna de ellas, ni estaba acreditado por ningún erudito rabino. Sin embargo, cuando Jesús enseñaba, reclamaba la más absoluta sumisión. Esto resultaba inadmisibles para los judíos. Y aun rompió más sus esquemas cuando afirmó que su doctrina la había recibido directamente de Dios, quien le había enviado para enseñarla a los hombres: *“Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”*. La verdad es que si lo hubieran pensado bien, esto no tenía que haberles extrañado tanto, puesto que también todos los verdaderos profetas de Israel habían recibido sus mensajes directamente de Dios, y su autoridad nunca dependió de ningún rabino o escuela rabínica. Exigirle esto a Jesús, el mismo Hijo de Dios, no tenía sentido.

Pero a los ojos de los líderes judíos, Jesús no era más que un autodidacta entusiasta, y de ninguna manera iban a admitir que un carpintero de Galilea pudiera tener una autoridad equiparable a la de los rabinos de Jerusalén. Pero aunque no quisieran reconocerlo, el hecho que constataron todos los que escuchaban a Jesús es que sobrepasaba a todos los escribas en su exposición de las Escrituras. Fue memorable el momento cuando con sólo doce años de edad, los padres de Jesús *“le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas” (Lc 2:46-47)*. Y aunque carecía de preparación formal, Nicodemo, un principal entre los judíos, cuando se entrevistó con él lo reconoció como un *“Rabí venido de Dios como maestro” (Jn 3:2)*.

Pero además de que Jesús evidenciaba en su enseñanza una autoridad divina como nadie más ha tenido, aun había otra cosa más que marcaba una diferencia fundamental entre su enseñanza y la de los escribas. Mientras que el Señor sólo citaba las Escrituras del Antiguo Testamento, los maestros judíos dedicaban la mayor parte del tiempo a discutir sobre las diferentes tradiciones que los rabinos del pasado habían ido añadiendo a las Escrituras. Esto hacía que sus exposiciones fueran terriblemente áridas y de escaso

valor espiritual para quienes les escuchaban. Esto marcaba un contraste muy importante con la vida y frescura que la enseñanza del Señor tenía.

Más adelante, sus propios apóstoles, que tampoco habían recibido una instrucción académica formal en alguna escuela rabínica, también dejaron perplejos al Sanedrín cuando éste les interrogó: *“Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús” (Hch 3:13).*

De esto no debemos sacar la impresión de que no sea necesario estudiar la Palabra para poder servir al Señor de una forma adecuada. Otro tema diferente es cómo se haga. Y en este sentido, no debemos pensar que graduarse en una institución acreditada humanamente garantiza un conocimiento auténtico de la Palabra. Ni el Señor, ni tampoco sus apóstoles pasaron por ninguna de las que había en su tiempo, y sin embargo, no sólo dejaron perplejos al Sanedrín, sino que también fueron usados poderosamente por el Señor para la extensión del evangelio en la primera etapa de la Iglesia. Y algo similar ha ocurrido ininidad de veces hasta el día de hoy, cuando personas carentes de instrucción formal, son mucho más fructíferos llevando almas al Señor que otros que sí la tienen.

Por supuesto, la formación bíblica es una bendición, pero hemos de estar seguros de que sea realmente “bíblica”. Por que es bien sabido que muchas instituciones académicas que en el presente pretenden enseñar la Biblia, realmente han heredado muchas de las actitudes que tenían los escribas del tiempo de Jesús. Recordemos que en lugar de enseñar la Palabra, ellos se dedicaban a transmitir las ideas de otros maestros que les habían precedido. El citar a un famoso rabino los hacía parecer muy eruditos, pero el Señor los denunció porque en realidad lo que estaban haciendo era enseñar como doctrinas de Dios lo que realmente eran mandamientos de hombres, sus propios mandamientos (**Mr 7:6-8**). Y por otro lado, no hemos de olvidar que si bien muchos de aquellos maestros judíos eran personas muy cultas, sin embargo no creían en Dios, razón por la cual crucificaron a su Hijo cuando vino a este mundo. El caso de los rabinos judíos nos advierte del hecho de que un maestro puede tener mucho conocimiento teológico, pero si carece de una fe genuina, inevitablemente llegará a enseñar y a hacer cosas que ofenden a Dios. Es por todo esto que debemos elegir bien cómo y por quién vamos a ser formados espiritualmente.

### ***“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”***

Puesto que Jesús no citaba a otras autoridades humanas, algunos pensaron que estaba desarrollando sus propias doctrinas. Tal como lo veían sus críticos, sólo había dos posibilidades: o bien había estudiado en una escuela rabínica o simplemente emitía sus propias ideas. Ellos sabían que la primera de estas alternativas estaba excluida, así que la segunda debía ser cierta.

Pero lejos de jactarse de su propia habilidad, o de reconocerse deudor de algún maestro humano, Jesús explicó que su enseñanza provenía de aquel que le había enviado, atribuyéndola de ese modo a Dios mismo. Ellos pensaban que no podía haber otra fuente superior a la de un seminario judío, pero Jesús apeló una vez más a su Padre en los cielos, lo que daba a su enseñanza un carácter y origen infinitamente superior a la enseñanza humana que se impartía en las escuelas rabínicas.

Esto tenía una implicación importante para ellos: repudiarlo a él y a su mensaje, significaría rechazar a Dios mismo.

## ***“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si yo hablo por mi propia cuenta”***

Nuevamente vuelve a aparecer la conexión entre el Padre y el Hijo. Jesús afirma ahora que aquellos que quieren agradar al Padre sabrán que él es el Hijo y que no habla por su propia cuenta.

Los judíos daban a entender que tenían un problema para aceptar su doctrina porque no sabían de dónde procedía. Pero en su respuesta, Jesús les dice que su verdadera dificultad radicaba en el hecho de que no estaban dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Cuando expresaban sus dudas en cuanto a su doctrina, lo que realmente estaban haciendo era sacar a la luz que en su corazón no tenían el deseo de obedecer a Dios. Y así ocurre tantas veces en el día de hoy. Muchas personas dicen que no pueden creer porque no saben en que religión se encuentra la verdad. Pero según el razonamiento del Señor, el problema no está en su intelecto, en que no sepan, sino en su voluntad, en que no están dispuestos a hacer lo que Dios manda. En realidad, sus dudas son simplemente una excusa para seguir viviendo de espaldas a Dios. Porque si un hombre está dispuesto a hacer la voluntad de Dios, Dios mismo se encargará de aclarar todas sus dudas. Y por supuesto, no tendrá ninguna dificultad en reconocer que Jesús es el Hijo de Dios enviado del cielo.

Por otro lado, tenemos aquí la clave para adquirir el verdadero conocimiento de Dios. Tal vez habíamos pensado que se trataba de tener una mente brillante, pero lo que este versículo nos enseña es que más importante que el intelecto es la voluntad. El filósofo y escritor español Miguel de Unamuno decía: “Nada es querido sin ser antes conocido”, pero el Señor Jesucristo enseñó lo contrario: “No se puede conocer a Dios sin antes amarlo”.

Nunca llegaremos a conocer a Dios si primero no estamos dispuestos a hacer su voluntad. Esta es la clave para una verdadera formación bíblica. Porque de poco sirve acercarse a la Biblia si no lo hacemos con una actitud de humildad, amor, reverencia y disposición a obedecer todo lo que Dios nos revela en ella. Sin esa actitud, podremos tener conocimientos intelectuales acerca de Dios, pero nunca llegaremos a un discernimiento genuino de su carácter y su persona.

Por otro lado, para avanzar en este conocimiento de Dios, será necesario que previamente hayamos obedecido sinceramente aquello que ya sabemos de su voluntad. No hacerlo implicará un estancamiento en la vida espiritual. En cambio, si lo hacemos, pronto nuestras mentes serán iluminadas y progresaremos en conocer más del Señor. En la misma medida en que hacemos un uso correcto de la luz recibida, es que el Señor nos va dando nueva luz.

## ***“El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca”***

Puesto que Jesús no actuaba bajo la autoridad de ningún rabino o escuela rabínica, inmediatamente sospecharon que su propósito era el de promover sus propias ideas y así conseguir fama y honra para él mismo.

Pero no había nada en sus palabras o actitudes que hiciera sospechar tal cosa. Siempre dejó claro que su propósito era buscar la gloria del Padre que le había enviado. Durante su ministerio había afirmado: “Yo no busco mi gloria” (**Jn 8:50**). Y cuando se disponía a ir a la cruz oró al Padre diciendo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (**Jn 17:4**).

La total ausencia de egoísmo y vanidad, por un lado, y la cuidadosa búsqueda de la gloria del Padre que caracterizó todo el ministerio del Señor Jesucristo, era precisamente lo que les faltaba a los rabinos judíos que le acusaban. De hecho, el Señor ya había advertido al pueblo de la enfermiza necesidad que los escribas tenían de hacer exhibicionismo religioso:

**(Lc 20:46)** *“Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas”*

Finalmente esta constante preocupación que los maestros judíos tenían en su propia gloria les impidió creer en Dios:

**(Jn 5:44)** *“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”*

Antes de abandonar este versículo debemos notar que aquí también hay una clara advertencia para todos nosotros: es incompatible buscar nuestra propia gloria y al mismo tiempo la de Dios. Esa es una característica de personas que no son creyentes, pero que puede ser también nuestra si vivimos en la carne. Cualquier deseo incontrolado de ensalzarnos a nosotros mismos es un síntoma de la falta de dirección del Espíritu Santo. Siempre debemos estar vigilantes ante esto. Y como estamos viendo en este pasaje, los propios maestros de la Escritura deben tener especial cuidado, ya que es fácil usar el púlpito para atraer la atención de las personas hacia nosotros mismos en lugar de buscar la gloria del Señor. En relación a esto nos conviene recordar el ejemplo del apóstol Pablo:

**(2 Co 4:5)** *“Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.”*

## ¿Había quebrantado Jesús la ley?

Otra de las acusaciones que los judíos hacían a Jesús es que él había quebrantado la ley porque sanó a un parálítico en el día de reposo (**Jn 5:1-16**). En esta ocasión el Señor presenta su defensa mostrando la incoherencia de los judíos en el uso que hacían de la ley.

### I. *“¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley?”*

Los judíos habían recibido el inmenso privilegio de ser depositarios de la ley de Dios (**Ro 3:1-2**), y se jactaban de ello (**Ro 2:17-23**). Tal era así, que los mismos gobernantes y fariseos que acusaban a Jesús, no dudaron en mostrar su desprecio hacia aquellos que no habían recibido ese mismo privilegio: *“Esa gente que no sabe la ley, maldita es”* (**Jn 7:49**).

Pero como el Señor señaló con total acierto, lo importante no era tener la ley, sino cumplirla. De hecho, a quien tiene la ley y no la cumple, se le exigirá una mayor responsabilidad que a aquel que la incumple sin tenerla (**Lc 12:47-48**). Pero los judíos no habían reparado en esto y se sentían seguros y superiores por el hecho de haber sido hechos depositarios de la ley de Dios.

Llevados por este espíritu de superioridad, aplicaban la ley a otros, pero no a sí mismos. Y el Señor puso el dedo en la llaga cuando los enfrentó a ellos mismos con el contenido de la ley: *“Ninguno de vosotros cumple la ley”*. Sin duda, esto es verdad de todos los hombres, puesto que la ley fue dada precisamente con el objetivo de mostrarnos nuestro pecado: *“porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”* (**Ro 3:20**). Pero hay

personas que logran ver el pecado en los demás, pero nunca en sí mismos. Este era el caso de los judíos que estaban acusando a Jesús.

Así que el Señor hizo una acusación concreta sobre ellos: “¿Por qué procuráis matarme?”. Claro está que ellos se apresuraron a negarlo, pero era algo que hacía tiempo que venían procurando hacer (**Jn 5:16-18**), que habían intentado llevar a cabo en otras ocasiones (**Lc 4:28-30**), que algunos sabían (**Jn 7:25**), y que finalmente ellos mismos pidieron a gritos a Pilato (**Lc 23:20-25**).

¿Cómo podían presentarse como jueces si ellos mismos no guardaban la ley? ¿Acaso no decía la ley: “No matarás” (**Ex 20:13**)? Este mismo tema volverá a surgir en el relato de la mujer adúltera. En esa ocasión les dirá: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (**Jn 8:7**). El principio está claro: en un juicio, tan importante es la culpabilidad del acusado como la inocencia del acusador. Y quedaba demostrado que aunque ellos se presentaban como acusadores, eran realmente culpables de pecado.

Entonces, cuando se sintieron descubiertos, rápidamente optaron por lo que ellos pensaron que era una salida fácil: negar los hechos e insultar y desprestigiar a su oponente. Así que con toda la indignación de la que eran capaces de aparentar, le dijeron a Jesús: “Demonio tienes; ¿quién procura matarte?”. La acusación de estar endemoniado era uno de los peores insultos que se podía hacer al bendito Hijo de Dios, pero ellos se la repitieron en otras ocasiones (**Jn 8:48-52**) (**Jn 10:20**).

## 2. “¿Os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?”

Jesús prosigue mostrándoles el uso incorrecto que hacían de la ley. Para ello vuelve a hacer referencia a la sanidad milagrosa del paralítico que había realizado en un día de reposo y que había despertado las iras de los judíos (**Jn 5:1-17**).

Aunque se negaran a reconocerlo, aquel milagro todavía producía en ellos admiración: “Una obra hice, y todos os maravilláis”. Pero aunque se asombraran del poder divino manifestado en aquella ocasión, seguían pensando que era culpable por haber transgredido el día de reposo.

Ahora bien, Jesús no había quebrantado la ley de Dios, sino la interpretación que los judíos hacían de ella. Así que el Señor procedió a mostrarles su equivocación.

En primer lugar, lo que el Señor había hecho era sanar a un paralítico, y debían recordar que lo que la ley prohibía era el trabajo, no los actos de necesidad o misericordia.

Y por otro lado, ellos actuaban de la misma manera en situaciones similares. Por ejemplo, para cumplir con el mandamiento de la circuncisión y realizarlo al octavo día tal como la ley ordenaba (**Lv 12:3**), ellos no dudaban en hacer esa obra en día de reposo si así coincidía. ¿Por qué ellos podían circuncidar a un niño en día de reposo y el Señor no podía sanar completamente a un hombre en el mismo día? Al fin y al cabo, ninguna de las dos cosas constituía un trabajo realizado con el fin de obtener un beneficio, sino que en ambos casos el propósito era obedecer algo que Dios había mandado. Los judíos cumplían el mandamiento que Dios había dado originalmente a Abraham (**Gn 17:10**), y el Señor hacía la voluntad de su Padre. Cualquier argumento que se pudiera presentar a favor del aplazamiento de la curación que el Señor hizo, podría aplicarse igualmente para aplazar la circuncisión, pero los judíos no aceptaban de ninguna manera que el niño no fuera circuncidado al octavo día.

Este comportamiento contradictorio de los judíos llevó a Jesús a hacer la siguiente advertencia:



## **“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”**

Después de demostrarles que ellos mismos eran culpables de quebrantar la ley al procurar matarle y de aplicar sus normas del sábado con parcialidad, ahora pasa a exhortarles a juzgar con justo juicio.

De esto se desprende que el Señor estaba dispuesto a ser examinado, pero debían hacerlo con justicia. Y el pasaje que acabamos de considerar nos ha mostrado que ellos estaban llenos de prejuicios cuando se acercaban a Jesús, lo que nublaban sus mentes y les impedía ejercer un juicio justo. Repasemos algunos de estos puntos:

- Como no había estudiado en una de sus universidades judías, entonces ya no aceptaban su autoridad y enseñanza.
- Como no estaba sujeto a la autoridad de alguno de sus rabinos, entonces pensaban que estaba buscando su propia gloria.
- Como no estaban dispuestos a obedecer a Dios, entonces tampoco estaban dispuestos a escuchar lo que Jesús les decía.
- Como no cumplían la ley, ni tampoco estaban dispuestos a aceptarlo, entonces insultaban al Señor para intentar justificarse ellos.
- Como Jesús no interpretaba el mandamiento del día de reposo como ellos, entonces procuraban matarle.

Todo esto nos recuerda también que no deberíamos juzgar a nadie con superficialidad, sino por su valor, sus dones y la gracia del Espíritu de Dios en él.

## **Preguntas**

1. Busque a lo largo de todo el capítulo 7 las diferentes reacciones de la gente ante la persona de Jesús. Escriba la parte de los versículos que considere relevantes y la cita.
2. Explique con sus propias palabras cuáles eran los aspectos que los judíos pusieron en duda en cuanto a la persona de Jesús y que podemos ver en el capítulo 7 de Juan. En cada caso explique por qué lo hicieron y en qué estaban equivocados.
3. En su propia experiencia, ¿cuáles son las actitudes que percibe en las personas cuando escuchan el evangelio de Jesucristo?
4. Según el pasaje que hemos estudiado, ¿qué cosas son fundamentales para conocer a Dios y cuáles debemos evitar?
5. Jesús dijo a los judíos que juzgaran con justo juicio. ¿Cómo usaban la ley para que el Señor les dijera esto?